



@LABRUJA.DIBUJA

Luz (con “l” mayúscula)

¿Cómo describes a la Luz en menos de ocho minutos y veinte segundos?

Luz es una bailarina, delicada y atrevida. Danza cada vez que la invocas con una rapidez incomparable, sin nunca cansarse.

Es enérgica y extrovertida, el único ser que conozco que nunca le ha temido al ser humano. Sentir que un ojo se posa en ella siempre le ha sido indiferente, te mira devuelta con su vista hipnotizante y te captura con su baile. Mas, ten cuidado de observarla por tanto tiempo, se dice que condena a aquellos que se le quedan viendo por mucho rato, quienes maldicen y se marean mientras frotan sus ojos con fervor.

Flexible y devota a su apasionada danza, adapta sus actos en cualquier lugar y situación, encogiéndose con facilidad en los pequeños espacios y estirando su blanco cuerpo en los más vastos campos. Torpe resultaba de vez en cuando, pues a veces, con tantos pasos a seguir en su acelerado baile, chocaba con un espejo o con un lustrado objeto. Regresaba con su cabeza dando vueltas, repitiendo los pasos ya hechos. En otras ocasiones, más consciente de su propia ineptitud, cambiaba de dirección, realizando sus zapateos y saltos con mayor calma y tardanza. Hay quienes decían que al encontrarse con el agua y ciertos cristales al hacer su bailoteo, la Luz se sentía cómoda, liberada; y revelaba su verdadera naturaleza multicolor, cautivando a sus afortunados espectadores.

La mayoría de las personas ven a la Luz como un símbolo de esperanza, de verdad. Una compañera reconfortante y querida en esos desesperados días oscuros. Había filósofos y poetas que escribían sobre cómo ella, además de posibilitarles tardes de reflexión y de ocio, se adentraba en sus pensamientos para llenar sus ideas de coherencia y cohesión. Reponía al resto con sus cálidos abrazos y sus afectuosas caricias. La veían en fogatas, en linternas, en astros lejanos como el sol. Los más afortunados la podían llamar a sus habitaciones con un pequeño mecanismo, la saludaban con la misma simpleza con la que la despedían.

Para mí nunca fue mucho de mi agrado. Me resultaba inoportuna e invasiva, las raras veces en que la veía no hacía otra cosa que recordarme de mis inseguridades o se escapaba de mí en cada hueco o rendija que pudiera encontrar. En algunas escasas ocasiones realizaba para nuestra familia una coreografía desfallecida en la punta de una vela moribunda, cuyos ojos la seguían con desesperación y hacían lo posible en animarla con su arte.

Para ser tan reflexiva, parecía que no se daba cuenta cuán subordinados estábamos a ella. Hubo momentos en que me llenaba de ira, imaginándome esas noches en que rodeada a esas montañas de libros, a esos edificios ocupados mientras se convertían en ceniza roja, sin hacer nada. Diversos poemas le dediqué, tildándola de cruel, de irresponsable e inmadura, por todos medios intentaba deshumanizarla.

Fue muy tarde cuando me acordé de esa dualidad que tanto la caracteriza, ya estaba entrado en la vejez. Estaba en mis últimas, como decían los jóvenes, pero también lo estaba el sol. ¿Quién se hubiese imaginado a ese ser tan imponente, esa niña que se creía eterna, yéndose cuando Helios decidió irse a dormir? ¿Quién supondría que todo lo que fuimos, lo que pudimos haber sido estaba desapareciendo, junto con el calor y la claridad, la vida en sí? ¿Que, mientras todos se juntaban y gritaban y rezaban y reían y lloraban, había un pobre viejo sensible con un computador escribiendo sus últimas palabras, en un penoso intento de tener un legado y dedicárselo a modo de disculpa a la más radiante bailarina?

Sam Williamson